

PAUL A. ZOCH, *Ancient Rome: An Introductory History*, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 2020, 297 pp., \$26.95, ISBN 978-0-8061-6477-9.

Paul Zoch, profesor de latín de bachillerato con una dilatada experiencia a sus espaldas, decidió escribir este libro, según confesión propia (p. IX “such was the genesis of this book”), tras comprobar la ignorancia de los estudiantes (en USA, pero en España la situación no es diferente) respecto de los hechos esenciales de la historia de Roma, incluso por parte de quienes estudiaban latín y griego. Con ese público en mente, se propuso una doble finalidad a la hora de acometer la tarea de escribirlo: por una parte, proporcionar el armazón necesario, el esquema histórico, a los estudiantes; por otra, ofrecerles un compendio de las creencias y valores propios de la sociedad romana. En ocasiones, ambos objetivos pueden entrar en conflicto y en estos casos el autor optó por el segundo de ellos: no es tan importante “lo que de verdad sucedió” sino lo que los romanos creyeron que sucedió (p. X). Así pues, abundan en este libro los pasajes traducidos de textos clásicos, relativamente extensos, para que el lector pueda tener un conocimiento directo de la cultura y la forma romana de ver el mundo. Entre ellos encontramos los más habituales, esto es, Livio, Tácito, Dion Casio, aunque también, ocasionalmente, algún autor menos evidente, como Zonaras. Todo esto, además, quiso el autor contarlos de forma amena, para captar la atención de jóvenes lectores y despertar su interés, un propósito loable, en donde se esconde una crítica, apenas disimulada (aunque seguramente justificada), a los historiadores profesionales, eruditos y aburridos.

Partiendo de estas premisas y dada la importancia relativa que se le otorga a la historicidad de los hechos narrados, resulta congruente que el relato arranque con una figura mítica, Eneas, y la profecía divina sobre el destino imperial de Roma. Seguramente obedece también a esta misma lógica la extensión desproporcionada que se le concede al periodo de la monarquía y primeros siglos de la República, porque es el momento de las leyendas famosas, desde Rómulo a Coriolano o Cincinato: 8 capítulos y 70 páginas en total, mientras que, al periodo siguiente, mucho mejor documentado, desde el incendio de Roma por los galos hasta la batalla de Accio, se le dedican sólo 13 capítulos y 150 páginas. Luego, el relato se acelera todavía más, pues los dos siglos que van de Augusto a Marco Aurelio se condensan en 4 capítulos y 60 páginas. Todo sea por las leyendas edificantes. El punto final se sitúa precisamente aquí, en Marco Aurelio, aunque un epílogo (8 páginas) conduce al lector rápidamente a través de los siglos III y IV hasta las invasiones bár-

baras. Algunos autores anglosajones, cuando escriben pensando en el “gran público”, han recurrido a estos finales anticipados: el mundo clásico de R. Lane Fox terminaba con la muerte de Adriano y el *SPQR* de M. Beard no avanzaba más allá de la *constitutio Antoniniana* de 212. Ambos explicaban las razones que les habían llevado a tomar tal decisión, pero ese no es el caso en el libro del que tratamos ahora.

Algunos mapas, bastante claros, y fotografías (de no muy buena calidad) sirven de ayuda al lector. Se intercalan también (nobleza obliga, cabe suponer) breves capítulos dedicados a la literatura del periodo republicano, y luego a la augustea, a la escrita durante la llamada edad de plata y, por último, la correspondiente a la época Flavia y Antonina. Lo relativo a los “valores” romanos el lector deberá deducirlo de algunas de las leyendas o hechos históricos, aunque hay alguna referencia más concreta, como cuando, con cierta exageración, señala nuestro autor que las doce tablas muestran el respeto que los romanos tenían por los derechos civiles y la propiedad privada (p. 59-60). La misión imperial de Roma no puede faltar: “According to Vergil’s *Aeneid*, then, the empire existed because it was in the best interest of the conquered” (p. 231).

Así pues, animan a nuestro autor las mejores intenciones, pero debemos decir que los resultados no son, por desgracia, del todo satisfactorios. Se agradece el esfuerzo (sobre todo en las primeras páginas) por explicar algunos términos que pueden resultar desconocidos para los lectores a los que va dirigido el libro, como “vestales” pongo por caso, y se comprende la atención dedicada a la etimología, alguna chocante, como que en italiano moderno “Vespasiano” designe un urinario público (p. 252), pero otras más banales (del latín *plebs* procede el inglés “plebeian”, p. 13). Para amenizar el relato, casi en cada página nos encontramos con alguna de las frases célebres de romanos ilustres, en latín o en inglés, hasta el punto de que a cada emperador le acompaña una, desde el *tamquam ambiguus imperandi* de Tiberio hasta el *dominus et deus* de Domiciano, pasando por el célebre *oderint dum metuant* de Calígula.

Sin embargo, al final, el resultado no es del todo satisfactorio debido a los numerosos errores que lastran este libro, tantos y tan abultados que no lo recomendaría para los estudiantes, que seguramente disfrutarían con la lectura, pero aprenderían un cierto número de cosas equivocadas. Se puede, tal vez, comprender que, en un libro de estas características, no se haya tenido en cuenta ni la arqueología ni la epigrafía, aun al precio de que, en las páginas dedicadas a Servio Tulio, no haya ni una sola referencia a Mastarna ni a la tumba François de Vulci. Incluso resulta entendible que algunas afirmaciones respondan a una historiografía ya obsoleta: hace ya mucho tiempo que los historiadores han descartado que las tres tribus de *Ramnes*, *Titius* y *Luceres* puedan reflejar la composición étnica originaria de latinos, sabinos y etruscos, como se afirma en p. 13; algo semejante podemos decir en cuanto a la afirmación de que, para los romanos, el mundo estuviera lleno de fuerzas divinas,

numina (p. 14 y 19), una idea en otro tiempo muy popular entre los historiadores de las religiones (en particular, por la enorme influencia del *Roman Dynamism*, de Hendrik Wagenvoort, publicado en 1947), pero indefendible actualmente, tras la devastadora crítica a que la sometió G. Dumézil. Otros casos, sin embargo, son más graves, porque van directamente en contra de lo que nos dicen las fuentes. Se trata de errores para los que es difícil encontrar una justificación.

“The *pontifex maximus*... lived in a state-owned house called the Regia” (p. 45). La Regia no es una casa, sino un templo (*Mars* y *Ops*); el *pontifex maximus* vivía en una casa adyacente, conocida como *domus publica*.

“a *libertus* (former slave) could expect to be granted citizenship within seven years” (p. 94). El liberto obtenía la ciudadanía junto con la libertad, de forma automática, salvo el caso especial de los latinos junianos, pero el plazo de siete años no aparece en ninguna parte. Cicerón da a entender (*Phil.* 8.32) que un esclavo frugal y obediente puede confiar en alcanzar la libertad (y con ella, la ciudadanía) en seis años: un esclavo, aclaremos, no un liberto.

En el año 146 a.C., tras tomar Cartago, Escipión “sowed the land with salt” (p. 130). Esta frase se repite a menudo en los manuales, pero carece por completo de respaldo en las fuentes, como lo mostró R.T. Ridley en 1986.

“the province of Judaea (annexed in 59 B.C.E.) ...” (p. 133, si bien en p. 169 se afirma que fue Pompeyo quien creó la provincia). En realidad, la anexión no se produjo hasta el 6 d.C., cuando Arquelaos, sucesor de Herodes el Grande, fue depuesto por Augusto.

“the praetor Metellus Celer defeated Catiline’s in Etruria” (p. 172). No fue él sino Petreyo quien venció a Catilina.

Tras la muerte de Nerva, asistimos a una “century of good rule by four Spanish emperors” (p. 257). Le sobran dos al menos.

In 113 Trajan (...) annexed Armenia. In honor of his victory Pliny the Younger delivered to the Senate a panegyric in honor of the emperor” (p. 259). Difícil de creer, si Plinio había muerto para entonces, atendiendo a lo que dice nuestro autor unas páginas más adelante, donde sitúa su fallecimiento en el 112 (p. 270). No sabemos la fecha exacta en que ocurrió (entre el 111 y el 113), pero en cualquier caso, el motivo del *Panegírico* fue la designación de Plinio como cónsul en el año 100 d.C.

Estos son solo algunos ejemplos, pero podrían citarse otras afirmaciones incorrectas, así como también hechos mal situados cronológicamente, como convertir a Pompeyo en cónsul *sine collega* antes de la muerte de Clodio (p. 187). Los párrafos dedicados a la intrincada cuestión de las ciudadanía en la Italia republicana resultan inservibles, pues allí se identifica el *Latinum nomen* con la *civitas sine suffragio* y se afirma que Roma concedió su ciudadanía a los magistrados de los *municipia* (p. 92 y 94).

La idea de escribir una historia de Roma *ad usum Delphini*, quiero decir, pensada para los estudiantes de Secundaria, es excelente, y válida para Espa-

ña, pues sería muy de agradecer que éstos, además de los escuetos manuales de cultura clásica, dispusieran de una introducción clara y sencilla, pero eso sí, a ser posible, libre de errores. La amenidad no debe estar reñida con el rigor.

PEDRO LÓPEZ BARJA DE QUIROGA
Universidad de Santiago de Compostela
pedro.barjadequirola@usc.es